Ese día, me refirió que también estuvo á visitarlo D. Manuel Cirerol.

Al volver á mi casa, supe que se decía que el Comisario Imperial D. José Salazar Ilarregui, puso la puntería con una pieza de 24, de la Ciudadela, á una bandera roja situada en las torres de la Ermita de Santa Isabel, y con su disparo la hizo volar, cuando me constaba que la habían quitado de orden del General republicano.

Al tercer día de estar los republicanos en Mérida llegó á la misma ciudad el Coronel D. Daniel Traconis, con la sección de su mando, dejando más debilitada la fuerza que operaba sobre Mukuyché.

Ese mismo día salió la fuerza republicana de Mérida y se fué para Umán, desde donde emprendió su marcha de retorno á Mukuyché, pero pasó por Yuncú y sorprendió á la fuerza destinada á proteger y custodiar los carros y envases que servían para conducir agua á los sitiadores, cuyo incidente los acabó de desmoralizar.

A los 17 días de asediar Mukuyché, levantaron su campo los imperialistas, con sigilo, la noche del 24 de Marzo, y se replegaron á la hacienda Uayalceh.

Antes de pasar adelante, voy á observar que sin justicia se ha criticado al Coronel Traconis por haber sido vencido en Mukuyché, cuando contaba con elementos de todas clases muy superiores á los de sus contrarios; pero no se ha tenido en cuenta que en aquella guerra el General Cepeda Peraza aventajó á todos los militares del país en pericia y táctica: que además contaba con la opinión popular, lo que bastaba para que sus soldados fueran invencibles y que triunfaran en todas las acciones, como consta en la relación de ellas. Por otra parte, hasta hoy, no se sabe que Traconis no haya cumplido con su deber: por el contrario, hizo cuanto humanamente era posible hacer. Por consiguiente, no han tenido razón los que por desahogo lo han censurado. Los acontecimientos posteriores vendrán á confirmar este juicio.

CAPITULO XII.

EL ASALTO DE TECOH.

LEVANTADO el sitio de Mukuiché, la tropa que lo formó, habiendo estado sufriendo los fuegos del enemigo tantos días, clareadas sus filas por las balas, por las enfermedades, por la deserción, comiendo con trabajo y bebiendo agua escasa y sucia, porque carecía de este indispensable elemento para la vida, y sin poder dormir ni de noche, así por lo difícil que es conciliar el sueño teniendo al enemigo enfrente, como porque se acostaba entre piedras y polvo ¿cuál sería su espíritu? Ninguna dificultad hay en suponerlo. La disciplina militar quedaba relajada, el valor del soldado menguado y la moral perdida.

Sin embargo, en Uayalceh las tropas imperialistas se dividieron en tres secciones. La primera se quedó en aquella finca al mando del Coronel D. Juan José Mendez; la segunda á las órdenes del Coronel Traconis, pa-

só á ocupar la villa de Maxcanú, y la tercera, mandada por el Coronel D. Vicente Ríos, marchó al pueblo de Tecoh, á tres leguas de Uayalceh, plaza fuerte por la altura en que están situados el atrio y su templo.

De Mukuyché marchó una fuerza republicana el día 28, á las órdenes del Coronel Matías J. Cámara, á batir el pueblo Tecoh. Esta fuerza como de 300 hombres, acampó en el punto de su destino á media noche, y en la madrugada comenzó á operar sobre el enemigo, que se hallaba fortificado en la plaza, en el atrio y en el templo. Un refuerzo de 150 hombres salió también de Mukuiché á las órdenes del Capitán Veitia, y se incorporó á la fuerza de Tecoh, al amanecer.

Los imperialistas, no obstante las malas condiciones de su ánimo para seguir la lucha en favor de una causa que ya estaba perdida, sintieron herido su amor propio, y con este aguijón se defendían desesperadamente, haciendo esfuerzos de valor; pero nada de ésto les valió, porque el Coronel Cámara, considerándose fuerte en la causa que defendía y en el espíritu de sus soldados, ordenó un asalto general, de conformidad con las instrucciones que le había dado su General en Jefe. En el asalto, los de adentro hicieron prodigios de valor, se resistieron como leones, mas al fin sucumbieron, habiendo sido ocupada la plaza á las ocho de la mañana del memorable 29 de Marzo de 1867, después de derrotados los imperialistas y muerto su Jefe D. Vicente Ríos, de una bala de cañón.

La guarnición de Tecoh en una gran parte se componía del Batallón de Artesanos de Mérida; descendientes de aquellos heroes del Batallón 1º local, que en los terribles años del 48 al 50, pelearon sin tregua contra los bárbaros, y muchos de ellos dejaron sus huesos en el campo de batalla, los cuales aún se encuentran en el día, y se ven blanquear en los bosques, como en señal de su patriotismo, probado en favor de la civilización. Dichos artesanos fueron los que más resistieron á los republicanos, y fué una lástima que tanto valor y obstinación, se hayan empleado en una causa injusta; pero estaban ciegos, y aún después de ocupada la plaza se conservaba un grupo sobre una de las alturas de ella, haciendo fuego y gritando vivas al Imperio. Les decían que se rindieran y contestaban disparando sus armas. Por último, no se rindieron; todos resultaron heridos ó muertos, y entre éstos quedó el joven zapatero Antonio Tallafigo, que tuvo un carácter bondadoso, afable, y que no revelaba toda la bravura que desplegó en aquella inolvidable jornada.

El asalto de Tecoh produjo un pánico grande entre los imperialistas, al grado de que á los primeros dispersos que llegaron á Uayalceh, el Jefe Méndez levantó precipitadamente su campo, y se replegó á la Capital. Tres días después entró Traconis á la misma, con la sección de su mando, por disposición del Comisario Imperial.

CAPITULO XIII.

CAPITULACION DE IZAMAL.

EN aquellas circunstancias fué cuando D. Domingo Evia y el Comandante de Batallón D. Anastasio Manzanilla, tomaron varios pueblos del partido de Sotuta y ocuparon la cabecera de este nombre.

Desde esta población oficiaron al General Cepeda Peraza, pidiéndole órdenes y poniéndose á su disposición. Entonces este Jefe envió al Coronel José Encarnación Canto Virgilio, con una fuerza de caballería para que se incorporase á la del Comandante Manzanilla, y pasase con dicha fuerza á los partidos de Oriente, en auxilio de los republicanos, que no cesaban de escribir diciendo que deseaban proclamar la República, pero que necesitaban de algún apoyo. Así fué que incorporado el Coronel Canto Virgilio á Manzanilla, emprendieron su marcha sobre Izamal, y se situaron á las inmediaciones de esta Ciudad, que es la plaza más fuerte del Estado, pudiéndose considerar como un castillo en toda regla.

Concluido el asalto de Tecoh, el General Cepeda Peraza, pasó por dicho pueblo y siguió camino el 30 de Marzo, con rumbo á Cacalchén, cuyo pueblo ocupó y se puso á 5 leguas de distancia de Izamal. Su objeto era ponerse en contacto con el Coronel Canto Virgilio, á quien le había ordenado sitiar y atacar aquella ciudad.

El 2 de Abril, fecha imperecedera, en que el General Porfirio Díaz asaltó Puebla, dando el golpe mortal al

Imperio, el General Cepeda Peraza se dirigió con parte de sus fuerzas á Izamal, con el fin de acelerar y proteger el asalto de la plaza, que debía practicar el Coronel Canto Virgilio, porque tuvo noticia de que de Mérida debía ser auxiliada. Pero al llegar á las inmediaciones de Izamal, recibió un parte en que le participaba el Jefe de los sitiadores que se hallaba en arreglos de Capitulación con los sitiados. Poco rato después, se efectuó la rendición, quedando los sitiadores dueños de la Ciudad, del parque y del armanento de la guarnición.

El auxilio salió de Mérida, en realidad, compuesto de 200 hombres al mando del Coronel Feliciano Padilla; mas llegó tarde, porque en las cercanías de Izamal supo que se había rendido la plaza, y que estaba ocupada ya por los republicanos. Con esta noticia siguió su marcha para el pueblo de Calotmul, su vecindad, pero en el camino se le desbandó su fuerza. Entonces inutilizó su parque, y se dice que lo hizo arrojándolo á un pozo, y rompió los instrumentos de la música que le acompañaba.

Verificada la ocupación de la ciudad de Izamal, y dispersa la fuerza de Padilla, era natural que la desmoralización se propagase por todo el Oriente entre los imperialistas. Por esta razón se apresuró el General Cepeda Peraza á remitir fuerzas á los partidos del Oriente, para que sus pueblos sacudiesen el Imperio y volviesen á la República, cuyas fuerzas no hicieron más que practicar un paseo triunfal por dichos partidos, porque en dos semanas volvieron los pueblos al seno de la República, separándose de las banderas del Imperio.

En estos momentos, después de la Capital, ya no

quedaban más poblaciones en que se obedecía al Comisario Imperial, que la ciudad de Tekax y la villa de Peto, situadas al Sur; pero estas poblaciones, como fronterizas á los bárbaros, tenían corta guarnición, que no podía distraerse del objeto á que estaba consagrada, de cuidar la seguridad de ellas y defenderlas de cualquier agresión de indios rebeldes. Además, la República contaba con buenos amigos en tales poblaciones, y había la confianza de que evitarían que se distragese ninguna fuerza de su guarnición, para emplearla en contra de las fuerzas republicanas, y por estos motivos no se pensó en irlos á batir. Toda la atención del General en Jefe se fijó en formar el plan de campaña que debía seguir para atacar el corazón del Imperio en la Península, que residía en la ciudad de Mérida.

CAPITULO XIV.

PRINCIPIA EL SITIO DE MÉRIDA.

EN la plaza de Izamal descansaron unos días las fuerzas del General Cepeda Peraza, antes de emprender las últimas operaciones que les faltaban por practicar, para dejar totalmente destruido el Imperio en esta parte integrante de la Nación. Pasados aquellos días, levantaron su campo y marcharon dirigiéndose á Motul, después pasaron por los pueblos de Baca, Mocochá y llegaron á Conkal, tres leguas de Mérida, el día 21 de Abril.

Faltaba poco para que llegaran las fuerzas republicanas á la Capital, cuando encargué á D. Ramón Albert,

que pidiera la hacienda «Valix,» para trasladar á la familia del General Cepeda Peraza, por estar cerca de la Ciudad, y sin embargo, libre de los fuegos que en ella pudieran hacerse. Consiguió la hacienda y se trasladó la familia.

En la noche del 21 de Abril, siguieron marcha los republicanos, y en la madrugada del 22 acamparon sus columnas en las plazas de la Mejorada y San Cristóbal, suburbios de Mérida. La campana mayor de la Catedral tocó rebato y el vecindario se estremeció de miedo, considerando que la guerra había llegado á sus puertas, y que la Ciudad iba á servirle de gran teatro.

Tan pronto como estuvo el General Cepeda Peraza en la plaza de la Mejorada, dispuso se abriera la puerta del Hospital para alojar en los corredores de éste edificio una parte de su fuerza; y en espera de que se verificara le acompañábamos en el atrio varios amigos, á tiempo que la Ciudadela de San Benito nos envió su saludo con un disparo de artillería, cargado de un bote de metralla, que pegó en la fachada del templo y regó sus proyectiles entre nosotros. Al Lic. Luis Gómez, que era uno de los que se hallaban allí, le clareó los pantalones en un muslo, una palanqueta de hierro, de las que contenía la metralla, sin tocarle el cuerpo. Esto le pareció de mal agüero, y el día siguiente estuvo encerrado en una casa, sin salir para nada á la calle.

El General Cepeda Peraza me preguntó de su familia, y le hice saber que se hallaba en la hacienda Valix, y me dió las gracias por mi previsión en sacarla de la Ciudad, que iba á ser el campo de batalla.

El Coronel Matías J. Cámara, en el instante que acampó la fuerza, principió á formar los atrincheramientos, como siempre lo verificaba en cualquier punto que ocupaba, habiéndose distinguido en esta campaña, por su actividad y previsión en practicar los atrincheramientos, lo mejor posible. Hizo arrancar las piedras de las aceras de las calles para levantar trincheras, tomó madera donde pudo encontrarla, pacas de henequén, sacos de tierra y cuanto hubo á la mano, propio para el objeto; el caso fué que cuando amaneció, la línea de los republicanos estaba concluida con sus avanzadas y sus respectivas trincheras, flotando en ellas el pabellón de guerra. Estas trincheras quedaban frente por frente de las de los imperialistas; pero las de éstos tenían la diferencia de que contaban con artillería de grueso calibre.

Desde que amaneció empezaron sus fuegos los imperialistas, fuegos de fusilería y de artillería con bala rasa y metralla, que ningún mal hacían á los nuestros. Las familias sí sufrían y se consternaban. A la mía, la saqué por la noche y la llevé también á la hacienda Valix. Por cierto que al sacarla de la casa en que habitaba, la pasé por una horadación á la contigua, que era la de D. Pedro Casáres Tenorio, y al abrir la puerta de la de ésta, que daba á la esquina del Cuartel de Dragones, cayeron á nuestros pies todos los fusiles de la avanzada, que los tenía arrimados á la puerta que se abrió; pero por fortuna ningún fusil disparó, no obstante que todos estaban cargados.

Por la noche empezaron á practicarse horadaciones para avanzar la línea fortificada de los republicanos, de

modo que al siguiente día, las trincheras de la calle habían avanzado una cuadra y las horadaciones dos. Esto sucedía en el campamento de la Mejorada. En el de San Cristóbal se hacía lo mismo. En la plaza de la Mejorada y en la casa de la Sra. Tomasa Pacheco habitaba el General Cepeda Peraza, y allí quedó establecido el cuartel General. En el cuartel de caballería se alojó la del mando de su Jefe D. José Matilde Alcocer; y en las piezas interiores de este Cuartel, se puso la proveeduría á cargo de D. Juan Bautista Negroe.

En el campamento de San Cristóbal hizo de Jefe en los primeros días, un joven español, de apellido Casanova, y de segundo, el Comandante D. Anastasio Manzanilla, y después quedó éste de Jefe; pero luègo fué reforzado con alguna tropa, y pasó el mando al Sr. Galindo.

El Coronel Leocadio Espinosa hizo de Mayor General de la División, y se alojó con la fuerza de reserva en la quinta Miraflores. Pasados algunos días se replegó á la plaza de la Mejorada.

CAPITULO XV.

« La Razón del Pueblo. »

ASI se fueron pasando los primeros días del sitio, y entretanto yo hacía esfuerzos para fundar un periódico que sirviera de órgano á las fuerzas republicanas y al Gobierno civil, que había sonado la hora de establecer. Luché no poco por buscar impresores, y después me empeñé en que se llevase al edificio del hospital una impren-

ta, habiéndome fijado en la de D. Manuel Aldana Rivas, situada en la esquina del arco llamado del puente. Conseguí su traslación á dicho edificio, la cual no dejó de costar algunos heridos, porque los imperialistas hacían un fuego vivo á los que iban por ella, tal vez por comprender la importancia del objeto de que se trataba, pues que la imprenta sería una arma terrible que íbamos á esgrimir contra ellos y su causa. Al fin quedó establecida bajo mi dirección, y lista en el salón de cirugía, por estar resguardado, para que los impresores pudieran trabajar con seguridad.

El día 29 de Abril del año de gracia de 1867, vió la luz el primer número del periódico oficial, y le dí el nombre de «La Razón del Pueblo,» bien significativo en aquellas circunstancias en que se defendía la causa popular, los derechos del pueblo, y los defendía él mismo con las armas en la mano, siendo indispensable que también lo hiciera en el terreno de la razón, con el poderoso ariete de la prensa que abrió brecha en el edificio antiguo del mundo, y lo iluminó con los resplandores de la moderna civilización; la prensa, enemiga mortal de los tiranos y querida hermana de la libertad.

Con grande alegría saludaron los republicanos la aparición de «La Razón del Pueblo,» y los imperialistas se sobrecogieron de espanto al verla, según me informó un amigo, que quedó en la línea de aquellos.

Este fué el primer editorial que publiqué en sus columnas:

«En estos momentos en que la Nación mexicana ha conquistado gloriosamente con el valor de sus hijos su

libertad, que con infame traición le usurpó la invasión extranjera; en estos momentos en que la toma de Puebla ha añadido un nuevo lauro al Ejército nacional y, dado por consecuencia segura la rendición de Veracruz, de Querétaro, y aún de la misma Capital de la República, un puñado de hombres ilusos continúan defendiendo estérilmente la reducida línea del centro de esta Ciudad, que es á lo que se reduce el imperio en la Península, consiguiendo con tal conducta hacer más odiosa su causa, como que destrozarán más edificios y dañarán solo á las inocentes familias, sin causar mal ninguno á nuestras tropas, entre las cuales cada día es mayor el entusiasmo que tienen de batir á su enemigo temeroso, que se oculta tras sus atrincheramientos, sin atreverse á salir á empeñar un combate, porque bastante fresca tiene la memoria de sus repetidas derrotas.

Sí, sus repetidas derrotas. Y si antes no pudo vencer á las tropas republicanas, que carecían de recursos, ¿podrán tener ahora alguna esperanza sus enemigos, que tienen en contra todo el país y sus elementos? ¿Con qué derecho, pues, hombres obsecados continuais en vuestra temeridad? Pensad que ya el imperio no hace otro papel, que el de una gavilla, sin justicia, sin nombre y sin bandera: pensad que la sangre que derramais es contra la voluntad de la Nación, y como si fuera por la guerra civil, lo cual es contrario á la promesa que el Emperador, vuestro amo, hizo en su manifiesto al país, de no manchar su bandera con la sangre de la guerra civil: pensad, por último, que el Imperio se acabó con la salida de México del Ejército francés, y desde que la Legación austria-

ca gestiona en los Estados Unidos, para que esta potencia, amiga suya, interceda á fin de que prisionero que sea Maximiliano, no se le dé muerte.

Con bastante consideración hemos tratado á nuestros enemigos, y por eso se han reido y hecho mofa de nuestra generosidad; pero una vez que se han apurado los medios de humanidad y de abnegación que dicta el patriotismo, cúlpense de los severos castigos que les sobrevengan. Y como ellos son los únicos responsables de la sangre que se siga derramando, pagarán con la suya el valor de las víctimas que se sacrifiquen.

Atendida nuestra fuerza y las ventajas que tenemos sobre ellos, no habrá quien desconozca la grandeza de alma con que se les ha llamado á rendirse con la garantía de la vida; pero ya que todo lo desprecian, sea, y que la sangre corra y caiga sobre la cabeza de los malos yucatecos, que olvidándose de las desgracias del suelo en que nacieron, de lo que deben á esta Ciudad, y atendiendo solo á ruines pasiones, aconsejan á su llamado Comisario, que ninguna simpatía tiene por el país, que se sostenga á todo trance.

¡Hombres alucinados, atended que ahora no se trata de una guerra civil, de una cuestión personal, para que en último caso, con poner una bandera blanca y capitular, la guerra se concluya evaporada en las copas de un banquete fraternal, nó; es una cuestión nacional y de principios, de independencia y libertad; es cuestión de los derechos del pueblo, que hay que conquistar aún con el sacrificio de su sangre!—Mérida, Abril 29 de 1867.»

Todos esperaban con avidez la hora de la circulación del periódico para leerlo; y su lectura producía animación, á veces gritos y vivas entre la tropa. Hubo día que viese yo un centinela con el fusil entre los brazos, leyendo «La Razón del Pueblo.»

Esta hoja era leida en el campamento imperialista, y su primer número causó asombro y miedo. Para que llegara á la plaza, se pagaban varias mujeres que llevaran el periódico, y nuestros soldados lo lanzaban á los enemigos en las horadaciones.

En el número 2 se publicó el nombramiento de Jefes políticos, hecho de la manera siguiente: Mérida, el Sr. Lic. Manuel Cirerol; Maxcanú, D. Tranquilino Puerto; Ticul, D. Felipe Medina; Sotuta, D. Evaristo Esquivel; Izamal, Dr. Domingo Evia; Espita, D. Fráncisco Osorno; Tizimín, D. Eusebio García; Valladolid, D. Rafael Novelo; y Motul, D. José Cirerol.

CAPITULO XVI.

AVANZAN LAS FORTIFICACIONES.

GRAN falta hacía entre nosotros D. Eligio Ancona, para que se encargara de la Secretaría de Gobierno, en cuya Oficina estaba práctico y tiene conexión con su carácter apacible; pero como se hallaba en la plaza de San Juan, donde no llegaba nuestra línea, fué preciso sacar dos guerrillas que fueran por él, y con ellas se presentó al Cuartel general.

En el momento se encargó de la Secretaría de Go-